

EL ESPAÑOL EN INTERNET Y EN ESTADOS UNIDOS:
LOS RETOS DEL ESPAÑOL DE FRANCISCO MARCOS-MARÍN

Joaquín Garrido

Universidad Complutense de Madrid

joaquin.garrido@ccinf.ucm.es

Marcos-Marín, Francisco A.
Los retos del español
Verwuert-Iberoamericana
Francfort Meno-Madrid 2006
221 páginas
ISBN 84-8489-274-3
ISBN 3-86527-295-9
www.iberio-americana.net



Los retos del español es un libro original y personal, en que se trasluce la personalidad de su autor, viajero infatigable, profesor y gestor, últimamente en la Universidad de Tejas en San Antonio, y poco antes director académico del Instituto Cervantes. Además de los retos actuales, el autor hace incursiones en el pasado que le interesa, y

© 2006 Joaquín Garrido.

CÍRCULO de Lingüística Aplicada a la Comunicación (clac) 28, 39-43.

Universidad Complutense de Madrid. ISSN 1576-4737. <http://www.ucm.es/info/circulo/>

continuamente intercala sus enérgicas opiniones. Comienza analizando la identidad, deteniéndose en la evolución del término “España” desde la antigüedad, y en el concepto romántico de forma interior del lenguaje de Humboldt aplicado por los filólogos españoles, sus maestros. Volviendo al presente, además de “español” y “castellano”, anuncia el nuevo término de “lengua hispana” (páginas 46 y 47), y pide que sea el español “vehículo internacional de las otras lenguas españolas e hispánicas” allí “donde no llegarían solas” (38), así como vehículo de derechos entre los inmigrantes; ya que “igualdad y libertad”, afirma, “se defienden universalmente en español” (32). En cuanto a la relación entre lengua y cultura, por una parte afirma con la tradición humboldtiana que el conjunto de un idioma “conforma el mundo de una manera” (29), pero también que “la identidad lingüística no implica identidad cultural” (31). Critica mitos acerca de la identidad española (corrigiendo a quienes creen que los escritos en griego de Estrabón son latinos), y toma posiciones en fuertes términos, como cuando habla de la “lacra” de los políticos que no saben “lenguas extranjeras, incluyendo el inglés” (46); de las lenguas “débiles” (26) e incluso de las “lenguas pijamas”, “muy cómodas para andar por casa” (11); y del “reducido universo” (25) de los vascohablantes de lengua materna que viven en pequeñas poblaciones.

Más adelante, en el capítulo sobre internet, junto a numerosos datos aparecen dos ideas fundamentales: lo importante en la red es que haya información en español; y para el futuro lo que cuenta es el esfuerzo en la terminología y en la enseñanza de la lengua, también mediante ordenador (o “computadora”, porque “el español o es americano o no será”; 57). Hay que evitar mitos, por ejemplo el del español “como una de las lenguas más habladas del planeta” o el de su peso en los Estados Unidos (65), y ritos, por ejemplo “evitar que se vacíe de contenido” el Instituto Cervantes y se convierta “en un rito más” (70). En Estados Unidos, adelanta, es imprescindible el inglés para mejorar en la vida. “Internet, como tal, no soluciona nada”, sino que requiere “un trabajo muy concreto y muy técnico” (70; como muestra del propio autor está el portal http://www.campusred.net/area_lenguas/). De ahí el llamamiento (“llamado” sería en América, por ejemplo en México) a trabajar en la red del autor, que ha predicado durante años con el ejemplo, siendo pionero en este campo tanto en instituciones universitarias o de investigación españolas como italianas, argentinas o alemanas, y

ahora estadounidenses, y en contacto con la industria de la informática y las telecomunicaciones. El mundo hispanohablante es un mercado, sobre todo en internet, y de ahí la sugerencia del autor “a los hispanohablantes y especialmente a los españoles, como mayores productores, de cuidar del mercado” (64).

El grueso del libro es el capítulo dedicado a Estados Unidos. Como todo el libro, el capítulo es heterogéneo o está marcado por la diversidad, quizás haciendo justicia al tema: el español estadounidense es, sobre todo, plural (106). El autor traza los periodos de historia de la lengua española y describe esa situación peculiar propia de un país de inmigrantes, donde, añadamos, hay que ser algo en función del origen, desde “americanos indígenas” (“Native Americans”, es decir, indios) hasta “americanos africanos” (“African-American”, los antiguos negros), pasando, claro está, por los “mejicanos americanos” y las distintas combinaciones posibles, que van cediendo ante el término de “Hispano” (así, en inglés) además de “Hispanic”. Hasta los estadounidenses blancos son ahora algo, “Anglos”, entre los hispanos (sin el menor matiz peyorativo). Marcos-Marín aborda el tema que da razón de ser al libro: uno de los motivos del “despegue del español como segunda lengua internacional”, escribe (131), es la importancia económica de España, de México y su población en Estados Unidos (o “EUA”, como escribe al modo mejicano), y de Argentina y Chile. Se ha creado una red comercial desde Buenos Aires a Ciudad de México, conectada con “las nuevas fronteras del español” (131), Miami y San Pablo (que es como se dice “São Paulo” en la Argentina). Gracias a internet, España y Estados Unidos son los “dos centros” de un “área de la lengua en la que no se pone el sol” (134).

El español es así una “lengua de frontera”, tanto en internet (95) como en la amplia frontera con el Brasil y sobre todo con los Estados Unidos. El “spanglish” y el “portuñol” son también “hablas de frontera” o “lenguas francas” (143), pero, en el caso del “spanglish inventado” (142), es “más un modo de vida que un comportamiento lingüístico”: “Quien habla spanglish lo que quiere es hablar inglés [...] y trata de abandonar el español para expresarse en una lengua que no domina” (144). Sin embargo, parece tratarse de un fenómeno que va en las dos direcciones, también desde el inglés hacia el español (<http://www.amherst.edu/~spanglish/garrido.htm>). Para el

autor, “No hay un *spanglish*, sino múltiples manifestaciones de interferencias dialectales del español con el inglés” (145). Aunque no considere hipótesis como la de la adaptación cognitiva lingüística y cultural de Ricardo Otheguy (http://cvc.cervantes.es/obref/congresos/valladolid/ponencias/unidad_diversidad_del_espanol/3_el_espanol_en_los_EEUU/otheguy_r.htm), Marcos-Marín sí advierte que “es necesario evitar que el español norteamericano evolucione [...] hacia una *koiné* [...] de las jergas en contacto entre las dos comunidades, las hablas mixtas que puedan ir surgiendo, hasta quedar definitivamente diferenciado, distinto” (176).

El español en los Estados Unidos, concluye, es “fuerte económicamente” pero “tiene debilidades culturales y sociales” (176). Por eso propone que se cultive como lengua de prestigio “mediante la adecuada política cultural”, con “Instituciones como el Instituto Cervantes y las hispanoamericanas que el tiempo traerá” (133; notemos que el Instituto de México es de cultura, no enseña español, aunque la UNAM sí que lleva precisamente en San Antonio más de sesenta años enseñando español). Estudia y propone el autor una “norma hispánica”, es decir, general de todos los países hispanohablantes, pero de ninguno en especial (126), y defiende el derecho de todos, estadounidenses incluidos, a hablar su propio dialecto del español (175), al mismo tiempo que, consecuentemente, señala que “una lengua unificada y normalizada implica un cierto grado de diglosia”, pero en la cual las variantes dialectales se vayan acercando y no divergiendo entre sí (90).

El último capítulo está dedicado a la inmigración en España. El autor insiste en la enseñanza de la lengua como solución, de manera que, al igual que en Estados Unidos, se les enseñe a los inmigrantes la lengua (en este caso el español) como medio de integrarlos; algo que “en el sistema español, discriminatoriamente igualitario”, no se está haciendo o se hace muy poco (187). A diferencia de la llamada “amenaza hispánica” (162) en Estados Unidos, según la cual “los inmigrantes hispanos no tienen interés por aprender el inglés”, y que para Marcos-Marín es “directamente falsa” (166), en el caso español el autor observa “que el musulmán no se integra” (197). Sobre los inmigrantes americanos, de nuevo llama la atención sobre el “error de suponer que hablar la misma lengua implica compartir la misma base cultural” (187), pero también

insiste a continuación en que “Una lengua es, primordialmente, una expresión de un conocimiento cultural del mundo” (188). En cualquier caso, como para el español en los Estados Unidos, el autor insiste en “la labor de la escuela” en el proceso de integración del inmigrante (184).

El libro está repleto de información de primera mano, fruto de la amplia experiencia del autor, y de datos rigurosos y exhaustivos: para analizar la situación de “Español y Lengua Hispana en la educación norteamericana” (149), el autor emplea un sinnúmero de gráficos, entre ellos ocho páginas seguidas de tablas (154 a 161); y no le duelen prendas en afirmar cuándo no se puede saber algo por falta de datos, como por ejemplo para la cuestión de si aumenta o disminuye el uso del español en internet (60), o en reconocer que el propio “autor también ha contribuido a impulsar” el mito de la importancia del español en los Estados Unidos (65).

Es una obra singular, con multitud de datos y análisis, y con afirmaciones rotundas que quizás choquen, pero cargadas de razones y de experiencia vital. Su título es apropiado, ya que trata aspectos de la lengua española que son verdaderos retos: su uso en internet y su presencia internacional, sobre todo en los Estados Unidos, como lengua de inmigrantes frente a su origen de lengua de imperio y cultura; pero también como lengua de una comunidad estadounidense pujante como la propia española e inmensa como conjunto en su realidad americana. En ambos campos, uso informático y difusión internacional e inmigración, Francisco Marcos-Marín se compromete valientemente y aporta un análisis que, como dice el propio autor (en la página 70) acerca del Instituto Cervantes (a que tantos esfuerzos ha dedicado), resulta imprescindible.